

Estudios de una ciudad en movimiento

por Geetha Iyer

Estudio 1: Crecimiento disperso

La ciudad duerme, aunque sus dedos ya se están retorciendo. Sus fronteras se encienden en constelaciones de soles sin nombre cuando nos despertamos, horas antes del amanecer. Caminamos kilómetros sobre lenguas de limo hasta que encontramos ríos de asfalto. El sol perforará las conchas vacías de nuestros hogares y la lluvia tocará en las puertas y no recibirá respuesta. Nuestros pequeños caminos y senderos vendrán. El agua en tubos y tanques vendrá. La infraestructura—los vasos sanguíneos y el sistema nervioso de la gran bestia que llamamos nuestra ciudad—penetrará nuestras casas como una intervención intravenosa. Despertamos antes del amanecer para escapar la atrofia. Caminamos desde nuestros hogares para tomar un autobús para tomar un taxi para limpiar una casa para construir una casa para comprar una casa para mudar a nuestros hijos cerca del palpitante corazón de la ciudad, y su cabeza, eléctrica con ideas como salarios mínimos y el derecho a una educación. Mucho antes de que usted se diera cuenta, la ciudad nos habló. Estableció las primeras débiles líneas de comunicación.

Estudio 2: Movimiento organizado

Hemos estado haciendo filas toda nuestra vida, ¿por qué no ponernos cómodos? Todo lo que necesitamos es un techo sobre la cabeza. Todo lo que necesitamos son ventanas y puertas. Familia a nuestro lado. Buenos vecinos, que se mantendrán en sus líneas, quienes seguirán las reglas. Ponemos estos deseos en marcha. Vivimos en carros. Barrios enteros, avanzando lentamente por las calles. Somos células sanguíneas, innumerables y flojas. Somos casas adosadas sobre llantas, somos islas. Detenemos vendedores ambulantes para llenar nuestros tanques con agua, alimentarnos con naranjas y boletos de lotería. Estamos viviendo el sueño de ser montañas. Hay una cadena de ellas en el horizonte, de bordes escarpados y coronadas con nubes. Cuando entramos en sus sombras, nuestra sangre se ralentiza y, algunas veces, se ahogan nuestros motores.

Estudio 3: Vidas plásticas

Nuestra basura ha cobrado vida propia. Permanece en las esquinas de las cocinas. La expulsamos cada cuantos días, pero siempre regresa, como un animal semi-salvaje buscando refugio a la puerta y huesos de pollo, un poco de atención. Le tiramos sobras, y hace un nido para sí misma de los harapientos productos sintéticos que desechamos después de compras. Crece obesa de nuestros desechos. Nos deprime, así que vamos de compras para distraernos. Se come las etiquetas de precio que le arrojamos. Algunos podemos pagar para que se la lleven para siempre, en camiones que llegan al amanecer. Nuestros hijos preguntan, ¿A dónde va? Y les decimos, A vivir en los altos de una montaña lejana, donde puede ser libre entre otras de su tipo. Algunos de nosotros no podemos permitirnos los eufemismos y arrojamos nuestras bestias a la calle, lo suficientemente lejos de nuestras casas como para perder su olor. Se reproducen rápidamente, aquí en la ciudad salvaje. Las calles son populosas con sus cachorros, amontonándose unos sobre otros en cerritos pesados y humeantes. Los carroñeros rasgan sus intestinos, esparcen sus vísceras en las vías. Pequeños animales y semillas de árboles, siempre optimistas, se refugian en la matanza.

Estudio 4: Movimiento orgánico

Llueve. El horizonte se desintegra en estática. Levantamos nuestras voces contra un muro de gotas y sus coros nos ahogan. Hay lugares en la ciudad donde los canales ya se han ahogado, y las alcantarillas vierten al revés. Tenemos suerte—donde vivimos, el agua corre en ríos tan rectos que solo un ingeniero civil podría haberlos mapeado. A ambos lados de la carretera, se canaliza en lenguas espesas de color rojo, llenas de limo. Sangra de las cunetas. Se acumula en los huecos de vasos de plástico desechados y otros materiales sintéticos. Expulsado de las casas, recorre las venas de la ciudad, la cual se revuelca en su abundancia. La ciudad sumerge sus pies en el mar, arraiga sus dedos, ni siquiera siente dónde termina su cuerpo y comienza el océano. El agua salada adormece cualquier sensación de dolor a medida que el agua negra sangra por nuestras puntas.

Estudio 5: Crecimiento vertical

Somos montañas, formando una cadena en el horizonte. Aquí tenemos todo lo que siempre hemos necesitado, y algunas cosas que nunca pensamos que querríamos—una vista de la tierra que nos rodea, el aire filtrado, el agua que fluye cuesta arriba, y los botones que encienden nuestras propias constelaciones de soles. Vivimos en el corazón palpitante de la ciudad, apilados uno sobre el otro con tanto espacio entre nosotros mismos que es más fácil :-) que sonreír. Algunos de nosotros vivimos tan arriba que nuestros pies nunca tocan tierra—aquí en las nubes, nuestras cabezas están eléctricas con ideas como la economía de libre mercado y geoingeniería. Aquí arriba, estamos sembrando nubes para recuperar las lluvias. Es temprano, pero no se preocupen—cada inundación de abundancia comienza con una llovizna. Las nubes golpean nuestras escarpadas caras de montaña, y la condensación gotea para el resto de nosotros beber.